



Edita: Laboratorio de Tecnologías de la Información y Nuevos Análisis de Comunicación Social

Depósito Legal: TF-135-98 / ISSN: 1138-5820

Año 4º – Director: **Dr. José Manuel de Pablos Coello**, catedrático de Periodismo

Facultad de Ciencias de la Información: Pirámide del Campus de Guajara - [Universidad de La Laguna](http://www.unilaguna.es) 38200 La Laguna (Tenerife, Canarias; España)
Teléfonos: (34) 922 31 72 31 / 41 - Fax: (34) 922 31 72 54

[enero de 2001]

Federico Koenig, inventor de la prensa a vapor

Dra. Ingrid Schulze Schneider  ©

Profesora de la Universidad Complutense de Madrid - Facultad de Ciencias de la Información

Introducción

Trescientos sesenta años después del invento de la prensa de tipos móviles por Gutenberg, otro alemán dio el paso decisivo para incorporar la fuerza del vapor a la maquinaria de imprenta, inaugurando con ello la época moderna del periodismo. A pesar de este logro importante, Federico Koenig es casi un desconocido fuera de los libros de la historia de los sistemas de impresión, en los cuales tampoco se le suele dedicar mucha atención

Me tropecé con este personaje en ocasión de mi asistencia a un congreso, celebrado el año 1999 en Leipzig, desde donde hice una excursión a Eisleben, ciudad natal de Martín Lutero, que se halla a unos cincuenta kilómetros de distancia de la metrópoli sajona. Había estado aquí diez años antes, inmediatamente después de la caída del muro, y la hallé entonces sucia, abandonada, deprimente. Ahora esperaba encontrarme con otra ciudad; habida cuenta que, a raíz de la celebración del 450 aniversario de la muerte del reformador en 1996, el gobierno de la Alemania reunificada había subvencionado la restauración de los lugares históricos y de numerosos edificios del casco antiguo. Nada más bajar del tren, me dirigí andando, siempre cuesta abajo, por un atajo, al centro. Al borde de un parque, que seguía en un estado lamentable, probablemente por estar lejos de los lugares turísticos, me topé con una estatua, un busto situado en un pedestal, con la siguiente inscripción: "Dem Erfinder der Schnellpresse Friedrich Koenig von der Stadt Eisleben". (1) La dedicatoria despertó mi curiosidad. Los libros de la historia del Periodismo universal que yo había manejado, hablaban de Koenig como un "aprendiz de mecánico impresor sajón".(2) ¿Qué relación tenía este hombre con Eisleben? De vuelta a Madrid, empecé a investigar. Mis pesquisas aportaron abundante información, tan abundante que desborda con creces los límites de este trabajo. Destacaré, por ello, solamente los datos más importantes de su vida y de su obra.

Infancia y años de aprendizaje

Friedrich Gottlob Koenig nació el 17 de abril de 1774 en Eisleben como tercer hijo del humilde labrador Johann Christoph König (3) y de su esposa Sophie Christiane. El espabilado muchacho iba, en un principio, a la escuela popular, pero, en vista de su inteligencia y aplicación, le permitieron pronto ampliar sus estudios y a tomar parte en la enseñanza que un pastor protestante impartía a sus hijos. Debido a sus rendimientos sobresalientes, de 1783 hasta 1790 asistió al renombrado instituto de enseñanza media de la plaza de S. Andrés. Su director lo asignó, ya a la edad de nueve años, al segundo curso –una muestra clara de su talento. Entre sus condiscípulos se encontraba el que, más tarde sería médico personal del emperador de Rusia Carl Bernhard Trinius; así como el barón Von Hardenberg, llamado Novalis, el más significativo representante del prerromanticismo alemán.

A pesar de las buenas calificaciones obtenidas en sus estudios –especialmente en Matemáticas y Mecánica- Koenig debe abandonarlos en 1790, debido al temprano fallecimiento de su padre. Las dificultades económicas le obligan a iniciar el aprendizaje de un oficio. Su elección recae sobre el de impresor de libros, obteniendo una plaza en Breitkopf & Härtel, en Leipzig. Esta importante empresa dispone de un alto nivel tecnológico: Con veinte prensas para libros, cuatro para notas musicales, doce hornos con una capacidad para fundir cuatrocientos tipos y ciento veinte empleados, es uno de los líderes en el sector. Después de un tiempo abreviado de aprendizaje en las secciones de cajista e impresor, obtiene el certificado en dichos oficios en 1794. A continuación, Koenig se matricula como oyente en la Universidad de Leipzig en las asignaturas de Matemáticas, Física y Mecánica. Al mismo tiempo amplía sus conocimientos en Historia y Lenguas Extranjeras. Es, probablemente, en este tiempo, cuando concibe por primera vez la idea de mejorar los rudimentarios sistemas de impresión. A ello habrá contribuido el hecho, de que en 1785 se puso en marcha en las minas de cobre de Mansfeld –cerca de Eisleben- la

primera máquina de vapor en Alemania.

Peregrinaje en busca de apoyo

Un intento de crear un negocio propio con la apertura de una librería, fracasa. Koenig no es un comerciante. Obsesionado por la idea de una impresora accionada por vapor, se traslada en 1803 a Suhl; ciudad "del hierro", en la cual existen varios talleres mecánicos. Aquí construye su primera prensa, pero su intento de descubrir la fórmula para sustituir el pesado trabajo corporal en la prensa manual, no tiene éxito, debido al diseño excesivamente complicado de la máquina, a la falta de posibilidades técnicas y a la penuria económica. Consciente de estas deficiencias, Federico abandona Suhl y busca ayuda en varias ciudades alemanas, estableciendo contacto con personas influyentes, dentro y fuera del gremio, con la esperanza de hallar mecenas y colaboradores interesados en seguir adelante con sus investigaciones. Pero sus compatriotas viven demasiado anclados en el pasado y miran con desconfianza las ideas del joven sajón. Sirva de botón de muestra la siguiente contestación del editor Göschen, uno de los más importantes de Alemania, a la solicitud de Koenig:

"(...) Para una prensa que debe realizar una impresión bella, se necesitan cualidades que Ud. no menciona en su carta. Por ello afirmo: Su máquina será capaz de producir muchas copias, pero nada artístico, es decir la máxima delicadeza de las rayas finas y gran fuerza de las potentes, con clara nitidez de todas las líneas (...)" (4)

Tampoco en Viena, donde Koenig se dirige al director de la Imprenta real, Vincenz Degen, obtiene el apoyo deseado. Desde allí escribe al zar Alejandro I de Rusia con la misma petición. La contestación dilatoria de San Petersburgo no impide su traslado a la capital rusa (1806), pero, a pesar de su elocuencia, sólo obtiene promesas vanas. El continente europeo aún no está maduro para las máquinas innovadoras ideadas por él. Entonces Koenig se acuerda de Inglaterra. En el otoño de 1803 había recibido un informe de la casa Wittig y Huttner, en el cual se le comunicaba que en Londres existían numerosos talleres de imprenta que empleaban hasta treinta prensas y, también, un destacado número de potentados con capacidad para invertir dinero en desarrollar los diseños de Koenig. A cambio del pago de 600 táleros alemanes, podría obtener una patente para su máquina. Pero, inmersa Inglaterra en la guerra contra Napoleón, había que esperar la paz. Además, al ser extranjero, tendría, probablemente, que enfrentarse a numerosos problemas. Podría sufrir desaires de los impresores ingleses.

A pesar de las advertencias, Federico Koenig emprende -justo antes del comienzo del bloqueo continental por Napoleón- viaje a Inglaterra; convencido ya de que sólo aquí se presentan las condiciones óptimas para la realización de su idea: La isla cuenta con una industria desarrollada, destreza en la fundición de hierro y su sistema de patentes ofrece una seguridad a los inventores de la que éstos carecen en otros países.

Londres, "taller del mundo"

El 2 de noviembre de 1806, llega Koenig a Londres, donde empieza a trabajar como impresor y librero para ganar su sustento. A los pocos meses (31 de marzo 1807) consigue firmar un contrato con Thomas Bensley, el más conocido editor de Inglaterra, para la construcción de su imprenta. El acuerdo estipula, que Koenig hace a Bensley partícipe de los secretos de su máquina y que éste se compromete a comprarla si -una vez construida- se convence de su utilidad. En caso de no satisfacer las exigencias del comprador, Bensley es obligado a mantener absoluto silencio sobre aquella.

Koenig pensaba que, por fin, su sueño se haría realidad. Pero aún quedarían varios años de lucha y de frustraciones antes de alcanzar la meta. Una imprevista escalada en los costes de desarrollo obliga a los socios a buscar nuevas fuentes de financiación. En septiembre de 1809 suscriben un nuevo convenio de asociación con los editores Richard Taylor y George Woodfall; convenio, en el cual aparece por primera vez el nombre de Andreas Friedrich Bauer, mecánico de precisión oriundo de Stuttgart, que se convertirá en el director del taller de Koenig. El talento del primero completará excelentemente la labor del inventor. Ambos alemanes entablan, desde entonces, una amistad vitalicia y una colaboración laboral tan estrecha, que Bauer figurará en las actas como legítimo sucesor del sajón.

Nos faltan datos sobre el progreso en la construcción de varias máquinas impresoras, que varían ligeramente en sus mecanismos. Lo cierto es que Koenig recibe sus primeras cuatro patentes en 1810 en Londres. En 1811 acomete por primera vez la realización de una prensa basada en un cilindro que sustituye la plancha de impresión; prensa que será presentada en el taller de Koenig a varias personas, entre ellos a Fred Perry, dueño del Morning Chronicle y a John Walter II, propietario del Times. Perry no sabe apreciar el valor del invento y no se muestra interesado, pero Walter se percató de sus inmensas posibilidades y encarga dos máquinas dobles que imprimen en un solo proceso ambas caras del pliego.

La situación de la prensa inglesa

En el momento en que John Walter decide confiar en el genio de Koenig, la situación de la prensa inglesa era muy distinta a la del resto de Europa. Como señala Francis Williams, el estado de los sistemas informativos de un país son siempre un fiel reflejo de la situación general del mismo:

"Mucho más que constituciones políticas, estadísticas sobre el progreso económico o manifestaciones sobre la unidad nacional, la condición de los periódicos de un país revela el nivel alcanzado en la escala de la civilización(...)". (5)

El periodismo inglés disfrutaba, ciertamente, de amplias ventajas sobre el del continente. Mientras que éste se hallaba aún inmerso en agrias luchas políticas para alcanzar la garantía de los derechos de los ciudadanos anclados en una Constitución y amparados por un Parlamento elegidos por el pueblo, Inglaterra gozaba desde mucho tiempo atrás de un sistema parlamentario que impedía el ejercicio de un régimen absolutista. También la prensa había visto recientemente culminada sus exigencias con la proclamación del Acta de Libelo en 1792; considerada la primera ley burguesa del periodismo europeo. Únicamente los altos impuestos dificultaban aún el acceso de todas las clases sociales a la lectura de las publicaciones periódicas. Aunque Charles Wilson matiza esta afirmación con la siguiente observación:

"La impresión era muy lenta, toda manual (...). Esta era la esencia del problema de Little Grosvenor Street: (6) No básicamente los impuestos – mejoras en la gestión hubieran superado esta dificultad- sino una tecnología y producción estáticas. Este, no el mercado de los periódicos, o analfabetismo, o pobreza de los consumidores, era el problema: existía una absoluta escasez de periódicos frente a la demanda real y potencial (...)" (7)

En el hecho, de que durante más de 350 años nadie hubiese intentado cambiar los primitivos métodos de producción de libros y periódicos, influían, probablemente, causas psicológicas. Como hemos visto en las manifestaciones del editor alemán Göschen, maestros y trabajadores impresores eran profundamente conservadores, y se consideraban artistas en su oficio. Desconfiaban de cualquier "mejora" que pudiera sacrificar la calidad a la velocidad. En Inglaterra predominaba esta misma actitud. Todavía en 1824 el maestro impresor John Johnson diría, refiriéndose a las máquinas de Koenig:

"¿Qué se puede esperar, sino desorden y confusión, si cada maestro se empeña en superar a su vecino, no en cuanto a excelencia sino en baratura? Esto es lo que pretenden hacer con los nuevos artilugios que han inventado (...)" (8)

Otro factor importante del retraso industrial era el sólido poder de los sindicatos impresores. Gracias a su educación y formación esmeradas, su organización se hallaba muy adelantada respecto a la de los otros oficios. Por ejemplo existían ya -desde la temprana fecha de 1587- normas protectoras para garantizar que no faltase el trabajo a los empleados del sector: Se prohibía terminantemente almacenar moldes de letras más allá del uso para 1.500 hojas impresas. Solamente los textos bíblicos y de gramática constituían una excepción.

Una muestra de la fuerte presión de los profesionales de la imprenta, fue la firma del acuerdo sobre tarifas de sueldos entre propietarios y obreros del oficio impresor en 1785, el primero de esta clase aprobado en Inglaterra; (9) justo en el año en el que John Walter I inició la publicación del Daily Universal Register -convertido en The Times en 1788- mediante el uso del sistema logográfico de impresión. (10)

Pero nos adelantamos a los acontecimientos. A partir de 1800, gracias a la libertad de prensa garantizada por el Libel Act y el consiguiente aumento del número de periódicos, diversos empresarios se habían dado cuenta de la absoluta necesidad de buscar fórmulas viables para superar el límite de producción impuesta por la tecnología anticuada, que entonces se situaba en un máximo de 250 hojas por hora, impresas por una sola cara. En esa misma fecha comenzó a funcionar la prensa ideada por Stanhope, en la cual el marco de madera era sustituido por hierro. De esta manera se mejoraba la nitidez de la impresión, pero no se conseguía aumentar su velocidad.

Había varias posibilidades para trabajar sobre la modernización del proceso de impresión: Una de ellas era el intento de mejorar el sistema de composición, es decir, la agrupación de letras sueltas que había que escoger individualmente de una caja de madera. En esto consistía, precisamente el experimento "logográfico" de John Walter. Experimento al que, por cierto, tendría que renunciar –entre otras razones- a causa de la oposición de la asociación de cajistas, que aleccionaba a sus socios a resistirse a utilizar la nueva técnica. (11) Otra idea era trabajar sobre la siguiente fase de impresión, es decir, cuando los tipos habían sido ya colocados y apretados en sus moldes. Aquí se había conseguido ya una mejora en el siglo XVIII con la creación de un rudimentario "estereotipo". En vez de presionar el papel directamente sobre la plancha de metal, un emplaste inventado en París servía para la creación de un molde, en el cual se vertía metal líquido. La plancha de metal así obtenida se podía conservar –contrariamente a la usada hasta entonces- durante un tiempo indefinido. Este método se convertiría en una ventaja sustancial cuando, a partir de 1824, el material empleado fuera sustituido por "papier maché", con capacidad para ser doblado y utilizado para la creación de planchas semicirculares de estereotipos que, a su vez, podían ser fijadas a un cilindro rotativo.

Como sabemos, Koenig se dedicaba a desarrollar una prensa mecánica capaz de acelerar la última fase del proceso: La sustitución de la fuerza manual por la mecánica en el momento de la impresión. Aparte de él, dos ingleses, -uno de ellos era Thomas Martín, empleado del Times- estaban trabajando en un proyecto similar. Aunque Walter había inicialmente alentado el proyecto de Martín, al final se decidiría por la máquina de Koenig y Bauer.

The Times, pionero en Europa

El archivo del Times en Londres guarda importante documentación sobre la historia de los diferentes métodos de impresión que el periódico introdujo a lo largo de su existencia como pionero en Europa. También alberga el convenio firmado por Koenig, Bensley, Woodfall y Taylor el 30 de marzo de 1813. Como pago de cada máquina impresora de vapor, de 2 CV, se estipula el precio de 1.100 libras esterlinas. El plazo de entrega se fija en un año. Si las impresoras no alcanzasen una producción mínima de 1.100 hojas por hora, el comprador podría rescindir el contrato y exigir la devolución del dinero adelantado.

La construcción de las máquinas tiene lugar en el taller de Koenig y se realiza en el tiempo récord de sólo veinte meses. Es un logro enorme, teniendo en cuenta que muchas herramientas tienen que ser creadas previamente para su posterior utilización en la impresora. Además, casi todas las piezas son hechas a mano, y el transporte y montaje de las más pesadas requiere mucho tiempo. Se impone la necesidad de proceder con el máximo sigilo, para evitar que se filtren los secretos técnicos a la competencia. Asimismo, hay que mantener grandes precauciones, con el fin de que los impresores conservadores no se enteren antes de lo previsto del nuevo invento, porque en su rechazo a la industrialización han jurado matar al inventor junto a su "máquina diabólica". Por estas razones, Bauer, en calidad de jefe del taller impone un código de conducta a los trabajadores, según el cual, se castiga con el pago de 100 libras esterlinas a todo aquél que facilite información verbal o gráfica sobre cualquier detalle de las piezas fabricadas; el nombre del comprador de las máquinas o la finalidad última de las mismas. Este documento interesante está redactado en un papel timbrado de una libra y lleva la firma de 22 trabajadores. (12)

Una vez terminada su construcción, las prensas fueron trasladadas de noche –pieza a pieza- a un almacén situado en el anexo del taller de imprenta del Times. Allí se ensamblaron y se efectuaron varios ensayos con la máquina de vapor. Finalmente llegó el gran día de la prueba final: el 28 de noviembre de 1814. Como precaución, y con el fin de impedir cualquier posible acto de sabotaje, Walter había pedido a sus impresores y cajistas que se quedasen en el taller hasta las seis de la mañana, supuestamente en espera de una fantástica noticia procedente del extranjero. Llegada la hora, las nuevas máquinas habían finalizado la impresión de toda la edición del periódico correspondiente al día 29. Walter abrió con gran teatralidad las puertas de la sala de prensa y anunció a sus sorprendidos empleados: "El Times ha sido impreso ya –con vapor". (13) La declaración fue acompañada por la promesa de que no se producirían despidos de la plantilla, y que la única reducción de personal sería la que se produjera por la vía normal de las jubilaciones.

La primera edición mecánica del Times contiene un largo editorial, en el cual se explica a los lectores el funcionamiento de la nueva máquina, su enorme capacidad de producción y la importancia industrial y social del invento. Al mismo tiempo se amenaza a los enemigos del progreso industrial -nombrando expresamente a los impresores- con severas represiones en el caso de que intentasen destruir la impresora o atentar contra sus creadores.

A partir de este momento, el crecimiento del Times en tirada e influencia política es imparable. La producción de más de 1.000 páginas por hora posibilita un alargamiento sustancial de la hora de cierre para la admisión de noticias, con lo cual éstas tienen la máxima actualidad. Al mismo tiempo, la demanda creciente de información por los lectores dará a ésta una dimensión pública diferente. El Times llegará a convertirse en los años siguientes -hasta su apogeo en la guerra de Crimea- en el auténtico cuarto poder que –según las palabras malévolas del Saturday Review- gobierna despóticamente a treinta millones de ingleses. (14)

La ruptura con Bensley

A pesar del éxito de la impresora mecánica, el clima entre los socios de Koenig se va deteriorando hasta alcanzar niveles que impiden un trabajo positivo. Woodfall se retira– por causas desconocidas- en otoño de 1814 del negocio, vendiendo su parte a Bensley que, a partir de entonces tendrá la mayor participación. Koenig y Bauer intentan recobrar al menos parte de su independencia, pero el nuevo contrato que ofrecen a Bensley no será aceptado por éste. Al contrario, como más tarde sabrán los alemanes, a sus espaldas Bensley estaba en contacto con un rival, Edward Cowper. Finalmente, los desacuerdos con Bensley impulsan a Koenig y Bauer a volver a Alemania. Entretanto, con la ayuda de Bensley, Edward Cowper construye una copia casi exacta de la máquina de Koenig. En años posteriores, conjuntamente con Augusto Applegath (15) consigue mejorar algunas piezas, con lo cual en 1828 la imprenta accionada por vapor será capaz de imprimir 4.000 hojas por hora.

Koenig abandona Londres el 10 de agosto de 1817. Bauer se queda unos meses más, con el fin de resolver todos los problemas jurídicos y materiales que la ruptura con Bensley había producido. Antes de partir, el sajón había firmado un contrato con Bauer que vinculaba a ambos para el resto de sus vidas. Las cláusulas más importantes del acuerdo son las siguientes:

- La ganancias de las máquinas impresoras, tanto en Inglaterra como en otros países, serían divididas en tres partes: dos pertenecen a Koenig o sus herederos, y una a Bauer o sus herederos.
- Se creará una empresa común bajo el nombre de Koenig y Bauer. Koenig será el propietario de los edificios. Los gastos de las máquinas del taller y su mantenimiento serán repartidos a partes iguales.
- Lo mismo cabe decir respecto a la compra o fundación de otras empresas.

Los privilegios concedidos por el gobierno bávaro en la compra del convento Oberzell, donde se ubicará la empresa, pertenecen a ambos socios.

- Nuevos inventos y descubrimientos pertenecen exclusivamente a la persona responsable del hallazgo.
- El socio que sobreviva al otro se hará cargo de la dirección del negocio y –en su caso- de la tutoría de los hijos del difunto.

En el tiempo en que Bauer permanece en Londres, procura informarse más detalladamente sobre los avances en la fabricación mecánica de papel y de las últimas técnicas de la fundición de hierro. Koenig le escribe que se lleve a Oberzell a dos trabajadores de su taller –Liversage y Kunkey- y también todas las buenas herramientas británicas. Finalmente, el 13 de mayo

de 1815 Bauer abandona Inglaterra con su mujer y sus dos hijas. Liversage no ha aceptado la propuesta de acompañarles, a causa de una enfermedad de su esposa. Kunkey les sigue con otro barco, pero su estancia en Alemania será corta, ya que no conseguirá adaptarse al país.

Difíciles comienzos en Oberzell

Desconocemos las razones por las cuales Koenig eligió la localidad bávara de Oberzell para instalar allí su fábrica. Sólo sabemos que, gracias a la buena disposición del gobierno, el sajón firma el 10 de abril de 1817 el contrato de compra de los edificios. Se trata de un conjunto de dependencias que antaño formaron parte del convento Oberzell, desamortizado en 1803. La finca se compone –aparte del convento y de la iglesia- de otros doce edificios, incluidos dos molinos. Koenig planifica la siguiente distribución del espacio:

- La abadía se reserva para el propietario. Aquí se instalan también habitaciones para los invitados y la servidumbre.
- El convento será sede de la fábrica.
- La biblioteca se mantiene como tal.
- La sala capitular se convertirá en el lugar del montaje.
- La hospedería servirá como dormitorio para 98 trabajadores.
- La alquería será el comedor.
- Encima de los establos habría lugar para otros 60 trabajadores.
- La iglesia puede ser utilizada para albergar la fábrica de papel.

Pero estos sueños, fijados en los planos de la propiedad tardarán muchos años en convertirse en realidad.

De momento es necesario hallar compradores para las modernas máquinas a vapor. Empeño nada fácil, teniendo en cuenta el retraso industrial existente en Alemania y los altos costes de la instalación de la fábrica en Oberzell. Hay que importar todos los equipos de Inglaterra. El carbón y el hierro necesarios llegan a la localidad bávara después de meses de transporte. Más problemático aún es la escasez de mano de obra experta. Todo ello dificulta enormemente el cumplimiento del compromiso - firmado con el Times antes de la marcha de los constructores germanos- de suministrar desde Oberzell una máquina pedida por Walter con anterioridad. Pronto, Koenig se da cuenta de que no podrá cumplir los plazos estipulados. Desesperado escribe a un colaborador de Walter:

"Nos hemos topado con tantas dificultades y problemas que cualquier persona menos acostumbrada a la lucha hubiera abandonada ya. (...). Aquí los negocios se encuentran todavía en el estadio como en Inglaterra hace 70 o 100 años. La falta de obreros cualificados es acuciante. A ello hay que añadir la actuación de los gremios. El año pasado hemos logrado juntar un equipo aceptable pero, tras aguantar diez veces más desvergüenza, falso orgullo, mentiras y chapuzas que un maestro inglés hubiera aguantado, hemos despedido a todos. Ahora contratamos a gente joven y el Sr. Bauer los instruye desde la mañana hasta la noche en los talleres como un maestro de escuela (...)" (16)

A la falta de profesionales se unen los celos de la servidumbre frente a las máquinas extrañas. Por miedo a que su constructor haya vendido su alma al diablo, más de un sirviente abandona el lugar.

En Londres, Walter se arma de paciencia ante tantos inconvenientes, pero su enfado va creciendo con cada mes de retraso. Las piezas compradas llegarán a Londres –después de un accidentado viaje a causa del hielo que paraliza el barco en el río Schelde- con casi dos años de retraso, a finales de febrero de 1820. El editor del Times no duda en contratar los servicios de los rivales de Koenig, Cowper y Applegath, para transformar la máquina a su gusto. Además, sólo paga una parte del precio acordado. Únicamente después de algún tiempo, el óptimo rendimiento de la impresora –1.500 hojas por hora- consigue apaciguar a Walter e inducirlo a pagar el importe completo de la factura. La odisea de la primera máquina a vapor construida en Alemania que será, también la primera destinada a la exportación, tuvo, por tanto, un final feliz.

Entretanto, Koenig se ha lanzado a una amplia campaña de publicidad para dar a conocer su invento. Mediante cartas y visitas personales a todas las grandes editoriales y talleres de imprenta, busca nuevos clientes. Spener en Berlín, Canstein y Brockhaus en Leipzig, Von Cotta en Augsburg, entre otros, reciben ofertas para la construcción de maquinaria. La amplia discusión pública en periódicos y ensayos literarios sobre la conveniencia del uso de vapor en sustitución de la mano de obra y de la fuerza de los caballos no ayuda a los planes de Koenig, ya que las ideas conservadoras suelen prevalecer sobre las defensoras del progreso industrial.

Como ya hemos podido comprobar, Koenig no es un buen comerciante. Le interesa mucho más la ampliación de su fábrica que

un "marketing" adecuado. La pésima calidad del papel prensa en Alemania le obsesiona, por lo que ofrece también a los posibles clientes la fabricación de esta materia prima, según el proceso aprendido en Inglaterra.

Los resultados de tantos esfuerzos dejan mucho que desear, tanto que la empresa no puede pagar al estado bávaro los plazos fijados para liquidar su deuda de la compra del convento. Una y otra vez tiene que pedir un aplazamiento. La generosidad del rey de Baviera, Luis I, consciente de la importancia de la empresa de Koenig y Bauer en los ámbitos nacional e internacional, salva a ésta en varias ocasiones, no sólo mediante la prórroga del préstamo sino, también, con la concesión de otras facilidades, tales como la exención del pago de impuestos.

Entre los escasos clientes que se atreven a confiar en la moderna tecnología, se encuentran los siguientes: la casa Spener de Berlín, editora de los más importantes periódicos de la capital alemana, que compra cuatro máquinas a vapor; Cotta, paisano de Bauer y famoso editor de libros y de periódicos, (17) se decide -tras pensárselo mucho- a encargar una máquina en 1822; la conocida editorial Brockhaus en Leipzig hará lo mismo en 1825. El segundo suministro de una prensa mecánica al extranjero tendrá lugar en 1824, siendo su destinatario el jefe del correo danés David Monrad.

Los problemas continuos afectan seriamente a la salud de Koenig. En el año 1825 un acontecimiento personal aliviará sus penas: A los cincuenta años, Koenig se casa con Fanny Jacobs, de sólo 17 años. No sabemos apenas nada de este matrimonio, que tendrá dos hijos, Guillermo nacido en 1826 y Federico, en 1829. Disponemos únicamente del testimonio de Fanny que -después de la temprana muerte de su marido- afirma, que vivió siete años de intensa felicidad. (18)

La revolución francesa

En 1830, después de años de paciencia y de mucho sacrificio, Koenig y Bauer parecen haber salido, por fin, definitivamente de las múltiples crisis que pusieron su empresa al borde de la quiebra. Ahora cuentan con 130 trabajadores y gozan de amplio prestigio dentro y fuera de Alemania. Su última conquista había sido el mercado francés. Aconsejado por el editor Cotta, en 1828 Koenig hizo con su sobrino Karl Reichenbach un largo viaje de información a los Países Bajos y Francia, para estudiar las posibilidades de venta en estos países. Pudieron comprobar, que la mayoría de las máquinas empleadas en Francia eran técnicamente obsoletas. Por tanto, las perspectivas parecían buenas.

Koenig decide instalar una prensa a vapor para su exposición en un pequeño hotel de París, con el fin de atraer clientes. Las demostraciones de su funcionamiento se hacen durante todo el día, desde las siete de la mañana, hasta las siete de la tarde. La estrategia tiene éxito. La máquina será vendida al taller de imprenta Guyot & Scribe. Su adquisición provoca fuertes protestas de los trabajadores de la casa. Sus actos vandálicos ocasionarán despidos masivos y amenazas a Reichenbach, que se había quedado en la capital francesa.

Otros pedidos seguirán, y Guyot se convertirá en el agente oficial de Koenig y Bauer en Francia, para representar adecuadamente los intereses de la empresa alemana y atender a los clientes. El negocio florece, pero por poco tiempo. La revolución de Julio acabará con él.

Desde la llegada al trono de Carlos X en 1824, los franceses habían visto cómo su ministro Polignac volvía a imponer los usos y costumbres de los gobiernos absolutos que creían desterrados para siempre. La libertad de expresión era uno de los derechos más amenazados. En señal de protesta, la prensa comenzaba a organizarse y a asociarse en organizaciones dispuestas a enfrentarse a los abusos del poder. Nuevos periódicos combativos vieron la luz, siendo los más importantes Le Temps (1829) y el National (1830). Los creadores de este último, Thiers, Mignet y Armand Carrel serán los jefes políticos que darán la señal para el asalto definitivo al régimen del último rey Borbón.

La revolución estallará después del decreto de las cuatro ordenanzas de Polignac, promulgado el 26 de julio de 1830. La primera de estas normas suspende la libertad de prensa, estableciendo que ningún "periódico, escrito periódico o semi-periódico", sin distinción en cuanto a sus contenidos, podía ser publicado en París o en provincias sin autorización oficial, renovable cada trimestre y siempre revocable. Esta autorización debía ser solicitada por separado por los directores y los impresores de las publicaciones. En caso de no cumplir estrictamente estas ordenes, el periódico sería suspendido inmediatamente.

La prensa liberal se prepara para la lucha. En las oficinas del National, Thiers redacta la famosa protesta que desencadenará el motín, alegando que los decretos violan la Carta Otorgada concedida por Luis XVIII en 1814, por lo que no deben ser obedecidos por los ciudadanos. 44 periódicos firman la declaración. A la guerra de prensa seguirán barricadas en las calles. Recordando el triste destino de Luis XVI, Carlos X opta por abandonar el trono, que será ocupado -a instancias de la prensa liberal- por Luis Felipe de Orleáns.

Si bien las consecuencias de los actos violentos perpetrados en el centro de París son mínimas, afectarán de una manera imprevista los negocios de Koenig y Bauer. Guyot informa de cómo los trabajadores de las imprentas aprovecharon los disturbios para entrar en su taller y causar destrozos en las prensas. Otros colegas sufrieron las mismas agresiones. En total se destruyeron treinta máquinas. Los impresores rebeldes exigen al nuevo rey una ley que establezca obligatoriamente la vuelta a los sistemas artesanales de producción, para evitar quedarse sin trabajo.

Aunque las aguas volverán pronto a su cauce, los dueños de los talleres se muestran ahora cautelosos y reacios a provocar el descontento de su plantilla con nuevas compras de maquinaria. En vista de la ausencia de pedidos, en 1831 Guyot y Scribe rescinden su contrato de representación con Koenig y Bauer.

Muerte y resurrección

La situación inestable salpica también los negocios en Alemania. La empresa de Koenig se precipitará a una crisis gravísima. Los despidos son inevitables. A principios de 1833 sólo queden 14 trabajadores en Oberzell. Las nuevas adversidades minan gravemente la delicada salud del sajón, que sufre de insomnio permanente a causa de las preocupaciones. En diciembre de 1832, un ataque al corazón lo sitúa al borde de la muerte y lo ata a la cama. Pocas semanas después, el 17 de enero de 1833 un segundo infarto acabará con su vida.

En contra de todos los pronósticos, la empresa logra sobrevivir. Andreas Bauer y Fanny, la viuda de Koenig y "hada madrina" (19) de Oberzell, así como más adelante sus descendientes, la llevarán a un nuevo florecimiento. La fábrica que, en su día, construyó la primera máquina impresora accionada por vapor y la primera máquina de papel en Alemania, se ha convertido, hoy en día, bajo el nombre Sociedad Koenig & Bauer-Albert AG en una de las cuatro mayores productoras mundiales de rotativas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAREZ, J. Timoteo: Del viejo orden informativo, Visor, Madrid 1984.
- BOYCE, George, CURRAN, James y WINGATE, Pauline: Newspaper History: from the 17th century to the present day, The Anchor Press Ltd., Londres 1978.
- LIVOIS, René: Histoire de la Presse française, Tomo I, Les Temps de la Presse, París 1965.
- SCHMITT, Roswitha: Friedrich Koenig, Erfinder der Zylinderdruckpresse, Folleto: Lutherstätten und Museen der Lutherstadt Eisleben 1997.
- WEILL, George: El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica, Edit. Uteha, Méjico 1979.
- WILLIAMS, Francis: Dangerous Estate, The Anatomy of Newspapers, Longmans, Green & Co. Ltd., Londres 1957.
- WILSON, Charles: First with the News, Doubleday & Co., N.Y. 1986.
- WOLF, Hans-Jürgen: Geschichte der Druckverfahren, Edit.Historia, Elchingen 1992.
- WOODS, Oliver y BISHOP, James: The Story of the Times, New Western printing Ltd., Londres 1983.

Notas

- 1 "Al inventor de la 'prensa rápida' Federico Koenig, de parte de la ciudad de Eisleben".
- 2 ÁLVAREZ, Jesús Timoteo, "Del viejo orden informativo", p. 98.
- 3 Federico Koenig cambiará la ortografía de su apellido en Inglaterra (König-Koenig).
- 4 WOLF, Hans Jürgen: Geschichte der Druckverfahren, p. 304.
- 5 WILLIAMS, Francis, Dangerous Estate. The anatomy of Newspapers, p. 5.
- 6 Calle donde estaban ubicados los más importantes periódicos.
- 7 WILSON, Charles, First with the News, p. 14.
- 8 WOODS, Olver y BISHOP, James, The Story of the Times, pp. 30-31.
- 9 Idem
- 10 El sistema logográfico emplea bloques de impresión en vez de tipos sueltos.
- 11 El propietario del Times tendrá un tropiezo más serio con sus trabajadores en 1810, cuando éstos, instigados por su

sindicato, se fueron a la huelga en demanda de un aumento de salarios. Walter demandó a veintidós empleados por conspiración. Diecinueve de ellos fueron condenados a penas de prisión. Aunque, después, Walter cursó una solicitud de clemencia, no pudo evitar que uno de sus trabajadores muriera en la prisión. A partir de este momento, los sindicatos pusieron al Times en la "lista negra". En adelante, su plantilla se nutriría exclusivamente de personal no perteneciente a ninguna asociación obrera. Más tarde, cuando The Times se había convertido en una empresa de prestigio mundial y sus dueños en los patronos más importantes del sector, los sindicatos aceptarían -a regañadientes- las "leyes" del periódico. Fuente: WOODS y BISHOP, pp. 32-33.

- 13 WOLF, op. cit., pp. 312-313.
- 14 WOODS & BISHOP, op. cit. p. 33.
- 15 WEILL, George, El periódico, Orígenes, evolución y función de la prensa periódica, p. 170.
- 16 "Applegath" o "Applegarth". En la bibliografía consultada hemos hallado repetidas veces ambas versiones.
- 17 WOLF, op. cit., p. 354.
- 18 Cotta edita, entre otros los siguientes periódicos y revistas: Allgemeine Zeitung, Morgenblatt, Kunstblatt, Literaturblatt, Hesperus, Nationalchronik, Politische Annalen, etc.
- 19 SCHMITT, Roswitha: Friedrich Koenig, Erfinder der Zylinderdruckpresse, p.2.
- 20 SCHMITT, Roswitha: op. cit. p. 4.

FORMA DE CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:

Schulze Schneider, Ingrid (2001): Federico Koenig, inventor de la prensa a vapor. Revista Latina de Comunicación Social, 38. Recuperado el x de xxxx de 200x de:
<http://www.ull.es/publicaciones/latina/2001/latina38feb/125schulze.htm>